



# Literaturas comparadas, estudios culturales y análisis textual: por una pedagogía.

Autor:  
Link, Daniel.

Revista  
Filología

1997, N°30 1/2, pp. 5-13



Artículo





## LITERATURAS COMPARADAS, ESTUDIOS CULTURALES Y ANÁLISIS TEXTUAL: POR UNA PEDAGOGÍA

El ciclo de la teoría literaria puede pensarse en tres tiempos, cada uno de los cuales estaría marcado por una posición a propósito del *lugar* que ocupa la literatura entre las demás prácticas culturales. Los nombres de esos tiempos o movimientos son, para nosotros, *totalidad*, *especificidad*, *fragmentación*. Cada uno de esos tiempos supone un punto de vista, una delimitación del objeto y diferentes modos de leer (diferentes metodologías). Presumo que nos encontramos ante un umbral en el cual todo el ciclo de la teoría recomienza. Agotado, durante la década del ochenta, el tiempo de la fragmentación, habría una necesidad (teórica y política) de plantear, una vez más, una forma de pensamiento que otorgue a la literatura un lugar dentro de una *totalidad* recodificada (es decir: definida nuevamente, y no solo revalorizada). El espacio en el que se debate esa nueva recodificación y la posición relativa de la literatura aparece denominado como el *campo de los estudios culturales*,<sup>1</sup> por un lado, y el *campo de las literaturas comparadas*,<sup>2</sup> por el otro.

El primer tiempo de la teoría literaria habría adoptado el nombre y el tono de la *totalidad*. Pensada en ese contexto, la literatura era una (y solo una) práctica estética, pero suficientemente jerarquizada (en un riguroso orden de jerarquías)

<sup>1</sup> Son innumerables las introducciones a los estudios culturales. Ver Silvia Delfino (comp.), *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*, Buenos Aires, la Marca, 1993 y toda la bibliografía allí citada. Las recopilaciones más importantes son: Stuart Hall et al. *Culture. Media and Language*. London. Hutchinson. 1980 y Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*. New York. Routledge, 1992.

<sup>2</sup> Ver, para una introducción al campo de los estudios comparados en literatura, Manfred Schmelling, *Teoría y praxis de la literatura comparada*, Barcelona, Alfa, 1984. La revista *Neohelicon* (Budapest/Amsterdam) dedicó algunos de sus volúmenes a problemas teóricos y metodológicos. Ver especialmente los números X:2 (1983) y II: 1-2 (1974). Otras entradas fundamentales para analizar la situación actual de los estudios comparados son las compilaciones de las cuales se extraen algunos capítulos de este número especial (cfr. infra).

como para que se la considerara *representativa*.<sup>3</sup> El conjunto de prácticas estéticas adquiriría sentido en un conjunto mayor: la esfera de la cultura, en la cual los hombres eligen, deciden o imponen valores y significados. Y a su vez esta esfera de producción de sentido se legitimaba en el estado de las relaciones que los hombres entablan entre sí. Hegel, el más famoso de los defensores de una teoría estética semejante, seguramente no previó la cantidad de categorías que serían necesarias para aclarar una relación, en principio, turbia. ¿Qué relación, en efecto, puede establecerse entre la forma del soneto y la forma del Estado en el siglo XV? ¿De acuerdo con qué *mediaciones* esa relación sería para nosotros inteligible?

Toda la teoría literaria producida en este tiempo ha insistido en la postulación de categorías que permitan articular *razonablemente* esa relación: la ideología,<sup>4</sup> el origen de clase (pero también la posición de clase), las generaciones, el ethos de clase, la industria cultural,<sup>5</sup> el campo intelectual,<sup>6</sup> el sistema de normas y valores estéticos,<sup>7</sup> las formaciones ideológicas y las formaciones discursivas, las tradiciones culturales<sup>8</sup> (pero también los niveles culturales), las relaciones de hegemonía, los aparatos ideológicos de Estado, los géneros, la representación, juntas o separadamente, serían herramientas aptas para explicar el hecho irrepetible de que un señor (y luego otros: hoy Fogwill, sorprendentemente) se haya puesto a escribir composiciones poéticas extremadamente regulares como el soneto, en un momento determinado, o que otro señor se haya puesto a pintar lienzos con pigmentos diluidos en una sustancia oleosa. Hay, cada vez, una totalidad más o menos orgánica llamada sociedad (gobernada por diferentes principios según los marcos filosóficos) y a esa totalidad se remite la

<sup>3</sup> Se trata, obviamente, de Hegel y de las estéticas hegelianas, de Marx a Williams, pasando por Gramsci. Es especialmente interesante el caso de Lukács, quien sostuvo diversas polémicas con teóricos contemporáneos. De las numerosas críticas a Lukács, son especialmente útiles las formuladas por Perry Anderson ("Modernidad y revolución", *Debats*, 9), coherentes con la perspectiva que aquí presentamos. Ver también una exposición crítica en Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1985.

<sup>4</sup> Una exposición clara (aunque incompleta) de los usos de la categoría "ideología" puede leerse en Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1992. Para las posiciones que Williams no recupera conviene ver Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984 y *Para una crítica de la práctica teórica*, Madrid, Siglo XXI, 1974. Tràn Duc Thao es otro clásico: *Recherches sur l'origine du langage et de la conscience*, Paris, Editions Sociales, 1973.

<sup>5</sup> Cfr. Theodor Adorno W., *Teoría estética*, Barcelona, Orbis, 1983.

<sup>6</sup> Cfr. Pierre Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto creador", en AAVV, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967 y "Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase", en Pierre Bourdieu, *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

<sup>7</sup> Cfr. Jan Mukarovsky, *Escritos de estética y semiótica del arte*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977.

<sup>8</sup> Cfr. Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1991.

prueba de verdad última, a través de diferentes aparatos de intermediación. La pedagogía, que necesita de soluciones a la vez sofisticadas y sencillas ha interrogado innumerables veces esos sistemas de categorías con mayor o menor éxito.

Pero hay también otro tiempo de la teoría: es la *especificidad*. En este caso, nada de lo que esté fuera de la literatura importa. El objeto de la teoría es lo específicamente literario, sea esto lo que fuere. Este tiempo de la teoría, que corre paralelo con el anterior, alcanza su hegemonía cuando las totalizaciones se debilitan: nada podríamos decir sobre el lugar social de la literatura, se supone desde esta perspectiva, si no definimos previamente aquello que constituye y separa las prácticas literarias de las demás.<sup>9</sup> El reino de la totalidad (que se piensa a sí misma no solo espacialmente sino también temporalmente) es la historia (y más específicamente la filología), el reino de la especificidad es el análisis textual (y más específicamente la estilística): cada reino tiene sus propios aparatos de producción de verdad y la verdad de la historia no se toca con la verdad del texto. Para los pedagogos, fue el paraíso: solo se trataba de transferir a la escuela las competencias para extraer la verdad del texto, siempre de dimensiones más cómodas que la historia. Pero también fue su ruina: la verdad del análisis textual retrocedió a través de laberintos cada vez más complicados, a través de terminología cada vez más oscura, a través de relaciones indecibles entre sujeto y objeto (¿dónde hay descripción, dónde hay interpretación?). Y la verdad del análisis, hipostasiada como única verdad posible, fue también la ruina de la teoría: de la *especificidad*, tiempo legitimado históricamente en la creciente autonomización de las prácticas estéticas, se pasó sin titubeos al tiempo de la *fragmentación*: durante la hegemonía de este tiempo las mediaciones caen: todo se relaciona con todo. Pero también cae, por lo tanto, la especificidad: cualquier cosa se relaciona con cualquier cosa. No hay totalidad, pero tampoco específicos culturales: las mismas herramientas analíticas se aplican a cualquier objeto. Todos los objetos y todas las prácticas son autónomos porque no hay sentido externo al objeto o a la práctica: el sentido no circula socialmente porque la sociedad misma se ha vuelto opaca al sentido. Perdida, incluso, la referencia, la cultura es una mera feria de las vanidades.

Estos tres tiempos de la teoría se corresponden con los tres tiempos del arte (los únicos tres tiempos del arte *de verdad*): el realismo, el alto modernismo, la cultura pop. Nuestro error, el error de la pedagogía y el error de la teoría, fue pensar, evocativamente, que cada uno de los tiempos del arte se correspondía con cada uno de los tiempos de la teoría: si propugnábamos un arte de vanguardia,

<sup>9</sup> Todas las corrientes formalistas y estructuralistas, desde Sklovsky y Tinianov hasta Todorov y Riffaterre. Roland Barthes "apunta, por debajo de cuerda, a la denuncia del monstruo de la Totalidad (la Totalidad como monstruo). La totalidad, a la vez, hace reír y da miedo: como la violencia, ¿no será siempre *grotesca* (y solo recuperable dentro de una estética del Carnaval)?" en *Roland Barthes por Roland Barthes*, Caracas, Monte Avila. 1978, 196.

entonces desarrollábamos teorías de la especificidad, si nuestro tiempo teórico era, en cambio, la totalidad, entonces, sin remedio, recaíamos en el realismo; y si la cultura popa era la única verdad estética que podíamos pronunciar, entonces la fragmentación era el tiempo de la teoría que ayudábamos a construir.

El nuevo ciclo de la teoría recomienza precisamente a partir del reconocimiento de este error que, naturalmente, los mejores críticos, aquéllos cuya obra reconocemos como hitos en la historia de las lecturas de la literatura, no cometieron: Auerbach, lector atentísimo del modernismo, consideró que la mejor defensa de la experimentación narrativa era precisamente su inclusión en una serie continua de experimentos. Benjamin, que canonizó las vanguardias, encontró la verdad de la literatura en una extraña mezcla de fragmentario y totalidad trascendental que, él suponía, era la superación de la estética cantina y que excluye sobre todo la especificidad. Barthes, finalmente, nunca dejó de reflexionar sobre el desajuste entre la teoría que él mismo producía (adecuada a la vanguardia) y su predilección por la cultura del siglo XIX. Para él, la literatura experimental era solo un *chantaje a la teoría*.<sup>10</sup> Cada uno de estos críticos supo establecer o conservar una distancia entre el tiempo de la teoría y el tiempo de la literatura: si sus obras son hoy el canon de la crítica es precisamente por las complicadas tensiones temporales que pueden leerse en sus obras. Cada uno de ellos entendió a su modo que el ciclo de la teoría es el ciclo de las intervenciones públicas y que las intervenciones públicas tienen como marco de referencia el espacio público,<sup>11</sup> y no las opciones estéticas individuales, con las cuales la teoría (en cualquiera de sus tiempos) guarda (debería guardar) apenas unos débiles lazos.

Pero hay, además, de esta dinámica (de la totalidad al fragmento, pasando por lo específico) otros movimientos de la teoría que afectan tanto a la idea misma de la *totalidad cultural* como a la de *especificidad de la práctica*. Estos movimientos caracterizan los universos de las literaturas comparadas y de los estudios culturales.

Raymond Williams y Richard Hoggart, en dos libros que, con justicia, se consideran hoy como los fundamentos de los estudios culturales, han formulando hipótesis que afectan el ciclo de la teoría y reeditan la idea de *totalidad*. Tanto en *The Uses of Literacy*<sup>12</sup> como en *Marxismo y literatura* se lee algo que afecta definitivamente la pregunta sobre la especificidad y el punto de vista de la teoría:

<sup>10</sup> "en esto soy más clásico que la teoría del texto que defiendo", dice Roland Barthes. op. cit., nota 9, p. 81.

<sup>11</sup> Es por eso que la discusión a propósito de las literaturas comparadas (o los estudios culturales) se remite, muchas veces, a la situación de las instituciones universitarias (cfr. infra, el artículo de Claudia Gilman que analiza el *state of the question* en relación con la academia norteamericana: el espacio (público) de intervención más inmediato de la teoría.

<sup>12</sup> Cfr. Richard Hoggart, *The Uses of Literacy*. Londres, 1957. Hay traducción castellana.

*puestos a hablar de la cultura obrera, leemos, lo primero que debemos decir es que no estamos en situación de exterioridad respecto de ese universo cultural.* Tanto Williams como Hogar parecerían afirmar que se puede pronunciar algún tipo de verdad sobre la cultura de una clase desde el interior de la clase. Transferido este enunciado, ciertamente novedoso en el contexto de las teorías culturales marxistas, a la totalidad de segmentos o estratos culturales, el resultado es que la posición de enunciación de la teoría será extremadamente móvil y compleja. Los *estudios culturales*, con la atención que prestan a las culturas sectoriales (sectores populares, juveniles, barriales, cultura de mujeres, cultura urbana, etc...) plantean la totalidad como fracturada, atravesada por series de sentido y de valores relativamente autónomas. Si es cierto que de este modo los *estudios culturales* legitiman la idea de fragmentación, no menos cierto es que esa fragmentación se remite a una cierta totalidad: Williams, por ejemplo, ha propuesto una dinámica cultural que dé cuenta de procesos complejos y diferenciales y al mismo tiempo relacione esos procesos con una instancia de integración: lo residual, lo emergente y lo dominante son las categorías que, para él, articulan la relación entre lo hegemónico y lo subalterno.

Pero además, si desde el interior de la cultura considerada puede pronunciarse algún tipo de verdad sobre esa cultura, nadie quedaría excluido, *por principio*, de los regímenes de producción de verdad. Bien mirados, los estudios culturales son la respuesta a un malestar que Foucault planteó a propósito de la función sujeto en la práctica discursiva:<sup>13</sup> todos, ahora, pueden acceder al discurso para pronunciar alguna verdad sobre sí. Como consecuencia, la atención ya no estará puesta más en el borde, límite o juntura de una cultura con otra, de una práctica con otra, sino en el centro, puesto que la mirada que define la cultura o práctica no es ya más exterior sino interior: desde el exterior, lo que retrocede es el centro; desde el interior, lo que se pierde es el borde.

Revisitar la totalidad equivale a poner en marcha de nuevo el ciclo de la teoría. Una nueva totalidad, una totalidad recodificada, es el desafío teórico de estos años dominados, por otra parte, por los procesos de globalización cultural. En ese sentido, la teoría recupera contenidos propiamente políticos, en la medida en que responden al modelo culturalmente hegemónico.

En ese contexto, la historia de las literaturas encuentra, a su manera, su nuevo horizonte: las literaturas comparadas. Las literaturas comparadas, en su origen, fueron o el modo de leer un objeto *extraño*: las literaturas periféricas desde el punto de vista de los países centrales, y este es el sentido hegemónico

<sup>13</sup> Cfr. Michel Foucault, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1980, y *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1979. La importancia de la obra de Foucault en relación con los estudios culturales (o al menos, una tradición de estudios culturales que no necesariamente coincide con los *cultural studies*) ha sido repetidamente señalada por Raúl Antelo (cfr. *infra* su contribución para este volumen).

en la tradición europea de literaturas comparadas, o un modo de leer más “teórico”, que coincide con el tiempo de la especificidad, y este es el sentido hegemónico en la tradición norteamericana. Delimitado el campo de acuerdo con criterios relativamente modernos, las literaturas comparadas articulan cuatro subteorías: una temática, una genealogía, una narratología y una teoría institucional del arte. Lo “comparable” es siempre algo del orden de los temas, de los géneros, de los modelos narrativos o de los procesos de institucionalización estética.

Ahora bien: lo que resulta particularmente interesante es el momento en el cual las literaturas comparadas se encuentran con los estudios culturales para definir un área de investigaciones y una metodología relativamente novedosas. Pienso, sobre todo, en el libro de Edward Said, *Orientalismo*,<sup>14</sup> que es en muchos sentidos un modelo teórico y un texto ya canónico sobre los problemas que aquí comentamos. Si las literaturas comparadas, en la tradición europea, no eran sino la manifestación de las aventuras coloniales o la declaración de la asimetría entre los diferentes espacios de producción simbólica, la hipótesis de que se puede construir algún tipo de verdad sobre una cultura desde dentro de una cultura viene a poner en crisis los fundamentos ideológicos de la comparatística (entendida como una disciplina cuyo funcionamiento es similar a la del orientalismo). Lo *comparable*, en este punto, aparecería solo en relación con el punto de vista. Postulado un punto de vista móvil, el canon de las literaturas comparadas es otro, por ejemplo: los procesos de constitución de identidades culturales nacionales, o los procesos de institucionalización de la literatura, que son las líneas de investigación actualmente más productivas.

Desde el punto de vista de las literaturas comparadas lo que debería quedar claro, por ejemplo, es lo que las literaturas americanas producen y exportan a los universos culturales europeos: el nacionalismo, por ejemplo, que en la perspectiva de muchos historiadores<sup>15</sup> ocurre (como acontecimiento discursivo) por primera vez en América a principios del siglo pasado. Es recién entre 1870 y 1914 cuando Europa reconoce el papel políticamente activo de las ideas nacionalistas. Es también, el primer estallido de movimientos nacionalitarios del siglo, que asiste hoy a la segunda fase de esos movimientos, en *Mitteleuropa* y los Balcanes. Con el punto de vista (fijo) de las teorías tradicionales, cada uno de esos procesos nacionalitarios es único y tan extremadamente pormenorizado que la generalización parece imposible. Pero ya que se trata de procesos que afectan sobre todo a naciones “periféricas”, cualquier lugar de enunciación

<sup>14</sup> Cfr. Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990.

<sup>15</sup> Además de los trabajos de Hobsbawm, ver especialmente Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993 y “Exodus”, *Critical Inquiry*, 20 (Chicago, winter 1994).

excéntrico podría pronunciar algún tipo de verdad sobre esos procesos. Es lo que se llama una situación poscolonial:<sup>16</sup> investigadores tercermundistas ingresan a las instituciones académicas conservando muchas veces sus puntos de vista tercermundistas (el caso de Edward Said y Homi Babha<sup>17</sup> son, tal vez, los más notorios) o se elaboran teorías directamente ligadas con las culturas de los países periféricos que, por efectos de la globalización cultural, acceden al espacio público “internacional” (recientemente, el caso de Mariátegui).

En este contexto teórico, fuertemente crítico, la literatura debería funcionar de manera, también, crítica. La pedagogía de la literatura debería potenciar, precisamente, los puntos de inflexión que introducen los estudios culturales, por una parte, y las literaturas comparadas, por el otro.

Sujeta como está a los efectos de la globalización, una entidad como la “literatura argentina” solo podría comprenderse en relación con procesos y formaciones que afectan, en principio, a otras “áreas culturales”.<sup>18</sup> *La modernidad relativa o periférica* de la Argentina, ya ha sido dicho, encuentra su correlato en la Rusia de San Petersburgo. Los procesos de tecnificación narrativa que afectan a la literatura latinoamericana durante la década del sesenta reaparecen en el contexto de la literatura checa, por citar solo algunos ejemplos.

Son precisamente estos problemas, organizados como repertorio, lo que presentamos con este volumen especial de la revista *Filología*, gracias a la generosidad y la sensibilidad de Ana María Barrenechea, siempre atenta a los momentos de inflexión teórica. Además de las reseñas dedicadas a algunos de los títulos más recientes en las diferentes tradiciones de los estudios comparados, los artículos aquí reunidos responden básicamente a dos maneras de pensar: por un lado, y en primer lugar, aquellos textos que reflexionan explícitamente sobre el estatuto actual de las literaturas comparadas en el contexto de los estudios literarios, particularmente en lo que se refiere a su relación con otros campos metodológicos.

La literatura, y la crítica, podría decirse, es indiferente a los avatares académico/institucionales de la historiografía o de los *cultural studies* o de las literaturas comparadas. Es en otro lugar, pues, donde hay que encontrar las razones de esta compilación. Una vez más: el lugar de la construcción de una cierta verdad a partir de la literatura. Ese lugar parece ser, hoy (como ayer), el

<sup>16</sup> Ver Arif Dirlik, “The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism”. *Critical Inquiry*, 20 (Chicago, winter 1994).

<sup>17</sup> Cfr. Homi Babha, *Nation and Narration*. Londres. 1990. Aunque la posición de Babha es ligeramente distinta de la de Said, sobre todo en su preocupación por la definición de subjetividades a partir de un aparato que muchas veces desdeña la historia.

<sup>18</sup> Said ha insistido en la incomodidad ideológica que implica una denominación como ésta, que viene a reemplazar la vieja noción de “Orientalismo”. Las “literaturas comparadas” se originan en los “estudios de áreas culturales”.

de una cierta ética y el de una cierta pedagogía, tal como se deduce del bello trabajo de Raúl Antelo que encabeza esta compilación.

El texto de Charles Bernheimer (cedido generosamente por el autor) es el único texto previamente publicado. Nos pareció necesario incluir ese informe como un índice del estado de la cuestión en el contexto de las instituciones norteamericanas, el espacio en donde con mayor dramatismo se ha dado, en los últimos años, una “reconversión” departamental alrededor de las literaturas comparadas. Ese informe aparece discutido por Adriana Rodríguez Pérsico y Claudia Gilman. Walter Mignolo, Haroldo de Campos y Gonzalo Aguilar analizan ciertos aspectos institucionales (en relación con la formación de un saber teórico sobre la literatura) que solo adquiere sentido en el contexto de una teoría de las literaturas comparadas: desde la relativización de los saberes que postula Mignolo, apoyándose en las teorías poscoloniales hasta el examen de una polémica historiográfica que examina Aguilar, se trata siempre de considerar esos procesos de formación de saberes teóricos como institucionales y sujetos a debates propiamente culturales.<sup>19</sup>

La segunda sección presenta modos de leer sustentados en concepciones teóricas de la comparatística. Ulrick Merkel y Roland Spiller examinan modelos de constitución de literaturas “nacionales”. Miriam Gárate y Delfina Muschietti desarrollan un modelo de análisis fuertemente deudor de la intertextualidad como clave de análisis. Jean-Michel Rabaté y Carlos Gamarro examinan críticamente (y desde diferentes perspectivas) las tradiciones que constituyen el Modernismo (ejemplarmente representado por la obra de Joyce). Blas Matamoro encuentra una “obra” (como construcción institucional compleja) allí donde parecía imposible leerla, María Iribarren analiza series de sentido y políticas del texto en los márgenes mismos del poema, la canción y sus suturas y Horacio Guido y Gloria Chicote inscriben sus investigaciones en relación con los códigos de géneros bien diferentes.

Si bien es cierto que ninguna recopilación puede agotar todos los puntos de vista y todas las perspectivas, creemos que el repertorio de problemas que aquí se postula constituye el campo más rico para el desarrollo de las literaturas comparadas.<sup>20</sup>

DANIEL LINK

Universidad de Buenos Aires

<sup>19</sup> Steven Tötösy de Zepetnek da su opinión acerca del estado actual del campo.

<sup>20</sup> Hay que agradecer, una vez más, a quienes trabajaron en la realización de este número especial de *Filología*: además del caluroso respaldo de Ana María Barrenechea, sin quien tantas cosas no serían posibles para nosotros, Claudia Gilman sugirió autores y textos y tradujo algunos

de ellos. María Iribarren editó y tradujo parte del material aquí recopilado. Claudia Kozak y Carlos Gamero también tradujeron algunas contribuciones originalmente escritas en otros idiomas. Todos ellos trabajan en la cátedra "Literatura del Siglo XX", en relación con cuyo trabajo de hace años es que hay que pensar los aciertos y los errores que puedan señalarse. Paola Cortés Rocca, con paciencia infinita, procesó y regularizó los artículos. A todos ellos, mi agradecimiento personal, además del debido crédito.